

PREMIO UNIVERSIDAD 2010

Jorge R. Arosemena R.*

Hay una magia especial en los números, que otorga encanto al hecho de que nos reunamos aquí a conmemorar los setenta y cinco años de la Universidad donde tantos de nosotros, aquí presentes, encontramos la formación, los medios y las oportunidades de origen para servir al país que nos vio nacer, y a la sociedad que queremos llegar a ser. En lo personal, ese momento de origen tuvo lugar en mayo de 1961, cuando tuve el privilegio de ingresar como estudiante regular nocturno en la carrera de Ingeniería Civil de la entonces Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad de Panamá.

Menos de tres años después, en enero de 1964, nuestro país vivió uno de los eventos más trascendentes en la lucha generacional por la recuperación de la integridad de nuestro territorio y de nuestra soberanía. En esa lucha, que ingresó entonces a la que sería su fase decisiva, habían desempeñado ya un importante papel los integrantes de la primera generación de egresados de la Universidad de Panamá, que aún daría mucho de sí misma, por medio de la actuación de sus docentes, estudiantes y administrativos, en la tarea de culminar la construcción de una República plenamente soberana en nuestro Istmo.

En mayo de 1964 partí hacia El Salvador para unirme como novicio a la Compañía de Jesús. En 1971, tras retirarme de la Orden y retornar a nuestro país, me vinculé casi de inmediato a la Universidad de Panamá como investigador en el Centro de Investigaciones Sociales y Económicas (CISE), dirigido en ese momento por el Dr. Omar Jáen Suárez. De allí pasé un tiempo después a laborar por varios años como docente en el Instituto Centroamericano de Administración y Supervisión de la Educación (ICASE) bajo la conducción de la Dra. Angela Arrue, quien nos orientó e inculcó al grupo de jóvenes académicos que éramos parte del equipo de trabajo un compromiso con la educación como elemento insustituible para generar cambios en nuestra sociedad.

No pretendo recorrer cada una de las etapas de mi devenir en la vida universitaria. Sin embargo, debo mencionar que nuestra Universidad me ofreció una oportunidad invaluable para mi desarrollo profesional, y para compenetrarme de las complejidades de nuestra sociedad en un contexto caracterizado en ese entonces por el escenario internacional de una Guerra Fría que enfrentaba dos grandes modelos ideológico-económicos, mientras Panamá persistía en su empeño por conquistar su plena soberanía. En ese marco, en 1975, un grupo de docentes de nuestra Universidad - los profesores Marco Gandásegui, Arturo Hoyos, George Priestley, recientemente fallecido tuvimos oportunidad de participar en una gira de un mes por los Estados Unidos, que nos permitió presentar la posición panameña en las negociaciones de los tratados del Canal ante grupos universitarios y organizaciones comunitarias, mediante charlas, conferencias de prensa, programas de radio y televisión.

En los años subsiguientes, tuve el privilegio de participar como Secretario General en la administración de la Universidad de Panamá durante el período presidido

* Acto realizado en el Paraninfo Universitario el 7 de octubre de 2010

por el Dr. Ceferino Sánchez y posteriormente, bajo la rectoría del Dr. Gustavo García de Paredes, me correspondió la responsabilidad de desempeñarme en el cargo de Vicerrector Académico.

Más aún, y probablemente sea esto lo más destacable de mi participación en la vida de nuestra Universidad, ejercí la docencia por 34 años, principalmente en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Me permito hacer un paréntesis para recordar uno de los primeros ejercicios de docencia interdisciplinaria más inspiradores en el que tuve la dicha de participar. A comienzos de los años 70, siendo Directora de la Escuela de Trabajo Social la Dra. Elsa Valdés, durante un año sostuvimos un seminario-taller en el que las estudiantes de último año discutían sus prácticas profesionales con un grupo interdisciplinario. En ese grupo tuve el privilegio de participar junto a colegas como el Dr. Alfredo Suescum, el Dr. Stanley Heckadon, el fallecido economista José Galán Ponce, el Dr. Ramón Mon y la Profesora Lille Medina de Fábrega.

La experiencia docente por varias décadas, en su conjunto, constituyó una de las jornadas más memorables y enriquecedoras en mi carrera profesional, como en el ámbito personal.

Me he permitido abusar de su paciencia para compartir con todos ustedes algunas experiencias para indicarles cuánto significa para mí el participar en el acto en que celebramos el 75 aniversario de fundación de nuestra primera casa de estudios superiores.

Hay muchos distinguidos ciudadanos en esta sala con mayores méritos y capacidades para hacer un balance sobre la extraordinaria contribución que la institución creada por el Dr. Harmodio Arias y liderada en sus primeras y decisivas fases por el Dr. Octavio Méndez Pereira ha hecho a nuestra nación. Aun así, quisiera compartir con ustedes algunas breves reflexiones sobre el tema en una ocasión tan especial.

La formación de miles de profesionales de todas las capas sociales de nuestro país bastaría para hacer un reconocimiento a la primera institución de educación superior en Panamá. Pero a eso hay que agregar el hecho de que la Universidad ha acompañado, y en diversos escenarios ha liderado, importantes procesos sociales que ayudaron y contribuyen al proceso permanente de construcción y evolución de nuestra nación.

De la Universidad de Panamá ha nacido un sistema de educación superior integrado hoy por otras instituciones especializadas y regionales, como la Universidad Tecnológica de Panamá y la Universidad Autónoma de Chiriquí. Su presencia a lo largo de nuestra geografía ha sido respuesta a las esperanzas y afanes de superación de nuestra gente, desde la región interoceánica hasta las más apartadas y todavía hoy marginadas comunidades.

El entorno nacional e internacional ha cambiado de manera contundente en maneras que eran impensables hace unas décadas. A manera de añoranza, me pregunto cuántos de nuestro hijos y nietos conocieron las reglas de cálculo que utilizábamos los estudiantes de ingeniería civil, con las cuales prominentes profesionales diseñaron y construyeron edificios y obras de infraestructura que aún hoy son motivo de orgullo para todos.

Las transformaciones en los múltiples campos de la tecnología han revolucionado las formas de vida dentro del marco de un mundo globalizado. Por un lado, la generación de nuevos conocimientos se renueva en períodos cada vez más

cortos. Por otro, y de manera paradójica, como señalara Edward Wilson en su obra *Consilience*,

nos estamos ahogando en información al mismo tiempo que padecemos de una hambruna de sabiduría. El mundo, entonces, ha de ser conducido por integradores; por gente apta para articular la información correcta en el momento correcto, que piense críticamente sobre ella y escoja sabiamente a partir de ella.

Y a este marco hay que añadir, también, el desdibujamiento de valores culturales y morales en una civilización en la que el crecimiento económico se ve constantemente acompañado por el deterioro ambiental y la marginación social.

En esta circunstancia, nuestra Universidad de Panamá deberá encarar hoy el reto de fomentar y facilitar la búsqueda de los elementos que le permitan generar las preguntas nuevas que conduzcan a las respuestas que demanda este joven Siglo XXI. Y esto ha de llevarla a revisar de manera permanente sus estructuras, sus medios y sus métodos para generar, difundir y aplicar nuevos conocimientos en un escenario en constante transformación.

El éxito en esta tarea formidable dependerá de múltiples variables. Se trata de adoptar metodologías de formación e investigación para contribuir a construir un mundo que demanda nuevos esquemas y formas de pensar. Esto, que se dice tan fácil, demanda superar enormes obstáculos, tradiciones y prácticas; crear y consolidar esquemas de pensamiento flexibles definitivamente interdisciplinarios; incorporar nuevas técnicas para enseñar a aprender y a analizar información, y demanda encontrar el debido equilibrio que permita incorporar a las tecnologías como valiosas herramientas en los procesos de formación, sin que se constituyan en un fin en sí mismas.

En este camino, debemos orientarnos a la búsqueda y perfeccionamiento de nuevas formas de gestión del conocimiento. En ese terreno, debo referirme a la experiencia vivida en lo que conocemos como la Ciudad del Saber, a la que llegué desde la Universidad de Panamá. No tengo duda que mi participación en la Ciudad del Saber ha sido un elemento central considerado por los integrantes del Consejo Académico de la Universidad de Panamá al decidir otorgarme el Premio Universidad 2010, como no la tengo de que mi desempeño en esa tarea debe mucho a la formación y la experiencia que nuestra Universidad me ofreció. Desde esa perspectiva, quisiera compartir con ustedes una mínima parte de lo aprendido en esta nueva experiencia de gestión del conocimiento en nuestro país.

Dos grandes empresarios panameños, que participaron activamente además en la lucha por la soberanía nacional - Don Gabriel Lewis Galindo y Fernando Eleta Almarán -, tuvieron visión de futuro y soñaron que una antigua base militar podría convertirse en espacio en el que hoy convergen programas académicos, instituciones científicas, empresas innovadoras y organismos internacionales gubernamentales y no gubernamentales en la tarea común de poner el conocimiento al servicio del desarrollo humano. El concepto surge del convencimiento de que vivimos en un mundo interconectado en el cual debemos generar conocimiento que alimente a los que toman decisiones en los escenarios locales y globales o como algunos autores llaman *glocales*.

Hoy día tenemos mayor y más clara conciencia de que lo que hacemos en cada comunidad del planeta impacta al resto del planeta. Por eso los esfuerzos por generar conocimiento tienen un imperativo dadas las precarias condiciones a que hemos llevado

los seres humanos al planeta tierra por haber actuado y continuar actuando con intereses inmediatistas de lucro a expensa de nuestro hábitat.

La Ciudad del Saber, con la participación e interacción entre universidades, centros de investigación, empresas y organismos internacionales ha demostrado el enorme potencial que entraña la suma y combinación de conocimientos y experiencias diversas en un empeño compartido. Así, por ejemplo, la Universidad de Panamá ofreció una maestría en gestión ambiental aplicada con la empresa Louis Berger, afiliada a la Ciudad del Saber, en la que expertos de diferentes regiones del mundo compartieron sus conocimientos y experiencias conjuntamente con catedráticos de la Universidad de Panamá.

El futuro de nuestra casa de estudios pasa, sin duda, por este nuevo escenario en que la información fluye amplia y a menudo desordenadamente. Estando la información disponible, el énfasis tiene que estar en la *formación*. Esto conlleva la necesidad de reinventarse a sí misma como institución que asume el liderazgo, compartiéndolo con otros actores del mundo empresarial y de la sociedad en general.

Hoy puedo decirles con satisfacción que los recelos por temores a la competencia que podría suponer la Ciudad del Saber a nuestras universidades han sido ampliamente superados en los hechos por los caminos y avenidas abiertos para acercar instituciones prestigiosas de otras latitudes a nuestras instancias de educación superior. Los comités consultivos de la Ciudad del Saber están conformados de manera *ad honorem* por especialistas de nuestras universidades y de gremios profesionales y empresariales. Estamos construyendo nuevas formas de compartir información y generar conocimientos, a través de procesos de colaboración como los que ocurren entre INDICASAT y la Universidad de Panamá; entre ésta y la Facultad de Informática de la Universidad Carlos III de Madrid, o con la Universidad Tecnológica de Panamá en el campo de la formación de las capacidades en Logística que hoy demanda nuestra economía.

La tarea no será fácil, pero es ineludible. Y estoy convencido de que mañana, como ayer, nuestra Universidad de Panamá superará con éxito cualquier dificultad en estas jornadas en las que está en juego el diseño de la nueva sociedad que debemos construir.

Finalmente, permítanme expresar mi más sincero y sentido agradecimiento al Dr. Luis Ramón Fábrega, Rector de la Universidad Marítima Internacional de Panamá, por haberme postulado para optar por el Premio que hoy he recibido y, por cierto, por haberme mantenido totalmente ayuno de la gestión. Le agradezco igualmente la benevolente presentación que ha hecho de mi perfil. A todos los miembros del Consejo Académico hago llegar mi sincero aprecio por haberme seleccionado entre otros meritorios ciudadanos. La sola lista de los distinguidos panameños galardonados con el Premio Universidad anteriormente, me genera un sentimiento de agradecimiento y humildad. Gracias, igualmente, al Señor Rector que preside dicho Consejo Académico, cuyo amor y dedicación a esta Universidad nadie puede cuestionar y cuya amistad aprecio en el más alto grado.

A los integrantes de la Junta de Síndicos y de la Junta Directiva de la Fundación Ciudad del Saber, en especial al Presidente, Dr. Juan David Morgan, a las decenas de profesionales de las universidades, de los gremios profesionales y empresariales que conforman nuestros comités consultivos, y especialmente al valioso equipo de trabajo de la Dirección Ejecutiva de la Fundación, mi más sentido agradecimiento por su

empeño y su compromiso de contribuir a la construcción de un Panamá más justo y participativo. Y no puedo dejar de hacer mención de los estudiantes con quienes tuve oportunidad de compartir conocimientos y plantearnos retos, visión e ilusión de un Panamá cada día más justo. A todos aquellos que han hecho viable el trabajo en las distintas instancias en que me ha correspondido desempeñarme, gracias. Y por último gracias a mi esposa Barbara, nuestros hijos, nietos, familiares y amigos por estar presentes en todo momento.

Por todo ello, al reiterar la condición de privilegiados que tenemos los que estamos en este Paraninfo, y al reiterar mi profundo agradecimiento, recuerdo que en lo más esencial, como dije por años a mis estudiantes, lo importante es que cada uno de nosotros haga de manera auténtica y transparente lo que le corresponde con la mayor pasión y dedicación. No me cabe duda de que, al celebrar su primer centenario, la Universidad de Panamá habrá cumplido una vez más con su cometido y habrá llenado las expectativas de nuestra gente que aspira a una sociedad cada vez más equitativa y participativa. Los que estamos reunidos acá hemos recibido mucho y mucho debemos aportar a hacer realidad esa certeza.

Muchas gracias,